

URGE UNA ESCUELA PARA LA PAZ

Ernesto Balducci



Diseño: Estudio SM
Ilustración de la cubierta: Carmen Corrales

Título original: *Una scuola per la pace*
Traducción de José Luis Corzo Toral, SchP

© 2006, Fondazione Ernesto Balducci
© 2015, Cátedra Calasanz, de la Universidad Pontificia de Salamanca
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Creo que ya os he transmitido de alguna manera
lo que entiendo por construcción de la paz.

No un nuevo capítulo que añadir
a nuestras actividades pedagógicas,
sino una refundación de la pedagogía,
al tratarse de una refundación del hombre.

ERNESTO BALDUCCI (1992)

ÍNDICE

ADVERTENCIAS	7
INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ORIGINAL ITALIANA, Andrea Ceconi	9
PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA, José Luis Corzo	17
1. UNA ESCUELA PARA LA PAZ	27
2. PROPUESTA PARA UNA CULTURA DE PAZ	39
Un cambio cultural	40
La edad del centauro	41
La crisis de las ideas innatas	46
Por qué la cultura de la guerra	47
Las coordenadas de una cultura de la paz	49
El amor por la especie	50
Una nueva memoria	52
La comunidad mundial	54
¿Qué le toca a la educación?	56
3. NUEVAS PERSPECTIVAS: ¡ADIÓS A LAS ARMAS!	58
4. LA CULTURA DE LA PAZ EN UN COLEGIO ESCOLAPIO	100
El modelo cultural de la escuela	100
La cultura del conflicto	105
La época axial	108
La nueva situación	110
Cambiar de cultura	118
	169

Nuevos modelos culturales	119
Para terminar	121
5. CONSTRUIR UNA CULTURA DE PAZ	130
El fundamento antropológico	130
La cultura de guerra	132
Las leyes de la cultura	134
La derrota de la profecía	136
El vacío pedagógico	137
La nueva <i>paideia</i>	139
El hombre inédito	140
Las líneas de la nueva pedagogía	142
No violencia y fe cristiana	144
6. EL NUEVO SUJETO POLÍTICO SOBERANO	
ES LA HUMANIDAD	148
El fin de las patrias	148
Los nuevos sujetos	150
Las nuevas contradicciones	153
CRONOLOGÍA BIOGRÁFICA DE ERNESTO BALDUCCI	159
ÍNDICE ONOMÁSTICO	165

ADVERTENCIAS

1) Estos escritos de Ernesto Balducci reúnen algunos textos y conferencias pronunciadas por él durante los últimos años de su vida con una perspectiva específicamente educativa. Por eso conservan todos cierto tono reflexivo y coloquial, aunque la complejidad de la exposición en cada una de sus intervenciones manifieste los diversos interlocutores a los que se dirigía.

Por esta razón, aunque puedan parecer repetitivos en algún aspecto, el hecho de que Balducci, según las circunstancias, modulase sus argumentos con diversos tonos permite a sus escritos adecuarse a varios niveles de lectura, según exigencias y gustos del lector.

Nos hemos limitado a añadir a pie de página alguna nota informativa, sobre todo en el caso de la transcripción de registros sonoros, sin tocar ninguna expresión, por desenvuelta que resulte o por merecer mayor análisis. Son muchas las publicaciones y libros de Balducci que permiten profundizar su pensamiento respecto a la educación, la cultura de la paz y la responsabilidad de la escuela.

Por eso creemos que esta publicación mantiene en su conjunto los caracteres didácticos y expositivos que nos habíamos propuesto.

ANDREA CECCONI

2) La Cátedra San José de Calasanz fue creada en 1981 en la Universidad Pontificia de Salamanca por un acuerdo

entre su rector, Juan Luis Acebal, OP, exalumno de las Escuelas Pías de Albacete, y el P. Ángel Ruiz, Superior General de los escolapios. Tras haber invitado a muchos profesores¹ a dictar personalmente sus lecciones –habitualmente en torno al 25 de noviembre de cada año de estos treinta y cinco– ha optado en el año 2015 por invitar al ya fallecido P. Ernesto Balducci (1922-1992) por estar aún muy presente en la cultura, sobre todo italiana, laica y eclesial. Merece ser oído –y al menos leído– por las nuevas generaciones de pedagogos y escolapios que aquí y en Latinoamérica se preguntan en español qué va a ser de este mundo armado hasta los dientes y todavía enfrentado por nacionalismos, culturas y hasta religiones diversas. Los profetas, como Balducci, son quienes tuvieron razón antes de tiempo, y por eso su luz aún iluminará nuestras aulas, donde «los escolares ya ven claro con sus ojos lo que sus maestros solo vemos confusamente» (Lorenzo Milani). Sería una pena desperdiciar esa luz, y por eso la proponemos para el debate en la Cátedra Calasanz de la Universidad Pontificia, en la Orden escolapia y en los claustros de profesores que la vean brillar en este libro.

JOSÉ LUIS CORZO

¹ Sólo citaré algunos: Octavi Fullat, SchP (1981 y 1998), catedrático de Filosofía de la Educación, de Barcelona; Antonio Bentué (1983), profesor en Santiago de Chile; el mismísimo Paulo Freire (1984), brasileño universal; profesores de la universidad Complutense, como el psicólogo José Luis Pinillos (1987); las pedagogas M^a Ángeles Galino (1990), Carmen Labrador (1997) o el filósofo José Luis López Aranguren (1992), el sociólogo Amando de Miguel (1993) y el periodista Pedro Piqueras (2001). Del Instituto Católico de París vino Michel Quoist (1989); de Barcelona, la pedagoga catalana Marta Mata (2004) y Manuel Delgado (2005); de Valencia, Joaquín García Roca (2008); de Roma, el psicopedagogo creador de «la ciudad de los niños» Francesco Tonucci (2006). También vino el por un tiempo salmantino Mariano Fernández Enguita (2012) y varios profesores de nuestra *alma mater* pontificia, como José Manuel Alfonso (2007 y 2008), Antonio García Madrid (2013) y otros.

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ORIGINAL ITALIANA

ANDREA CECCONI,
Presidente de la Fundación Ernesto Balducci,
Florencia

A estas alturas ya es una evidencia histórica que los desafíos con que la humanidad habrá de cimentarse en su futuro inmediato se presentan a nivel mundial. Así en lo que toca a la interdependencia económico-financiera, a la red de la informática y la comunicación, y también al peligro causado por la alteración del medio ambiente y la amenaza nuclear.

Hoy, el planeta Tierra representa una ciudad a la medida del hombre y, sin embargo, no parece que exista todavía una *paideia* adecuada a esta convicción; esto es, falta un proyecto educativo que, a partir de la realidad actual, se inspire –a nivel global– en la defensa de la vida en la totalidad de lo creado y en nombre de una pertenencia común al mismo género humano.

Al contrario, la conciencia general parece quedarse al margen de sus responsabilidades objetivas, y todavía se remonta a un paradigma cultural de la modernidad basado en la contraposición amigo/enemigo y en una actitud de dominio de la naturaleza, en vez de tomar conciencia de hallarse ante un giro histórico de civilización, orientada ahora hacia una ética y una convivencia globales.

De hecho, cada vez aparece más realista la percepción de quienes creen que tras la fase evolutiva, biológica y cultural

de la hominización –en la que el hombre adquirió la estructura psíquica del antagonismo frente al otro y perdió la experiencia cultural del intercambio recíproco y del carácter moral de los comportamientos– ahora toca adentrarnos, una vez iniciada la era atómica, en la fase evolutiva de la llamada *planetarización*, que deja obsoletas las estructuras psíquicas del antagonismo.

Se trataría de una condición de impotencia, vivida por el hombre *editado*, o sea, por este hombre tal cual es hoy, pero que no agota sus posibilidades de expresar aún todas las posibilidades de que está dotado en el nivel ontológico, de manera que –por la fuerza del principio de supervivencia– se realice lo *inédito*, es decir, lo que aún no se ha realizado. Es decir, ese humanismo planetario, auspiciado por Balducci, en el que el hombre es artífice de su propia evolución y hasta del destino de la biosfera.

La realidad actual de la globalización, en su aspecto económico y financiero, tiende, al contrario, a imponer cada vez más, a nivel mundial, un modelo global de modernidad y un esquema uniforme de comportamiento y de valores destinado a que sea imitado en todo el planeta y, en función de un modelo de desarrollo ultraliberal, capaz de homologar no solo los estilos de vida y las relaciones entre los hombres, sino también sus sentimientos.

En la perspectiva de un cambio de civilización camino de una era posmoderna decaerían todas esas referencias culturales heredadas del pasado, comenzando por las ideologías pretendidamente universales, como las liberales y las socialistas, ya que ambas presuponen como un valor determinante la primacía de lo económico. Y hasta llegar a las religiones, ahora situadas en la frontera entre pasado y futuro y, por tanto, ante el deber de elegir si convertirse en un refugio regresivo en pro de las identidades particulares –tomadas como un

valor absoluto– o proponerse una perspectiva de salvación a la medida de los nuevos desafíos globales, renunciando al propio fragmento particular en nombre del que ellas representan, el universal, que responda a las esperanzas humanas.

Para Balducci, ni siquiera el cristianismo –entendido como religión, es decir, integrado en la cultura editada de tipo occidental– puede huir de esta necesidad; al contrario de un cristianismo entendido como fe mesiánica, mensaje divino de liberación y esperanza histórica y escatológica para todos los hombres, que sea capaz de atravesar el umbral del cambio cultural ya comenzado.

En este horizonte es esencial una educación que tienda a superar la óptica etnocéntrica, y en particular eurocéntrica, mediante la cual la cultura moderna ha pretendido construir la historia del mundo, tomando a las demás culturas como objetos de ella misma y elementos de su síntesis. Una educación, pues, que adopte como punto de vista legítimo una óptica planetaria capaz de integrar también en ella la mirada y las experiencias del otro, relegadas hasta ahora fuera del esquema cultural ya editado. Porque solo en esta perspectiva es posible, para Balducci, favorecer la transformación antropológica que va del hombre actual (editado) hacia el hombre futuro (inédito).

El modelo educativo de cualquier sociedad, su *paideia*, lo componen ciertos fundamentos, como la memoria del pasado, un arco de valores, la referencia a ciertos modelos de humanidad y una visión del futuro. Pero el modelo educativo de cualquier sociedad no es más que una *proyección* de su propia cultura.

Por ello, la crisis de la escuela y de su modelo educativo se ha de leer, según Balducci, como un reflejo de la crisis cultural y síntoma de una emergencia estructural, más que coyuntural.

Porque la crisis de la cultura moderna es una crisis de época, antropológica, cuya fecha de inicio se remonta al uso de la energía atómica con fines bélicos y a la consiguiente posibilidad –trágica para el hombre y por primera vez en su historia– de que la especie y el planeta entero se autodestruyan.

En otras palabras, disminuye la posibilidad de mantener en equilibrio la relación entre agresividad y razón, porque la cultura del *homo sapiens* ya no se adapta al nivel tecnológico alcanzado, y hasta puede comprometer la vida de toda la biosfera por culpa de la amenaza nuclear y ambiental, demográfica y genética.

Al menguar la función biológico-evolutiva de la cultura basada en la categoría amigo/enemigo, la que garantizaba la seguridad desde la prehistoria hasta hoy, decaen también las referencias morales que ella comportaba; y entre otras el principio de la *guerra justa* o del *dominio de la naturaleza*. De ahí la urgencia de definir una nueva *paideia*, un nuevo modelo educativo, sobre la base de hacernos bien conscientes de la nueva condición humana y revisar críticamente todos los elementos del anterior paradigma cultural ya editado.

Educar para una cultura de paz no significa, pues, pensar en una nueva asignatura, tal vez integrada en una gran reforma educativa del sistema escolar, sino más bien pensar en una auténtica y propia *refundación* de la escuela a partir de ese presupuesto; lo que equivale a activar una verdadera refundación del hombre y su cultura: desde rechazar el instrumento de la guerra como *razón suprema* de la justicia –lo cual no tiene significado– a cuestionar la memoria histórica y extenderla a la especie entera; así como cuestionar los modelos del *héroe* y del *vencedor*. Hay que facilitar además la revisión del concepto de progreso en su acepción de permanente dominio y explotación de la naturaleza por parte del

hombre, y de un modelo de desarrollo marcado por un nivel de entropía insostenible, pues ya es capaz de provocar la degradación irreversible de toda la biosfera.

Hay que activar, por fin, la revisión del principio educativo del etnocentrismo, sobre todo en su dimensión eurocéntrica, y sustituirlo por el método del diálogo, de la colaboración, y el trato, en nombre de una nueva dialéctica identidad/alteridad, en la que el encuentro con el otro, con el diferente, ya no sea ocasión de antagonismo, sino una experiencia común de enriquecimiento y dilatación de la propia humanidad.

Porque, si construir una cultura de paz significa prefigurar un nuevo proyecto antropológico, una nueva identidad ciudadana a nivel planetario, lo que ahora será central en educación es la relación con el otro, ya que una nueva identidad no se puede definir más que a través de nuevas formas de relación.

Ha de ser una educación dirigida a formar los futuros *ciudadanos del mundo* –capaces de asumir la responsabilidad del curso de la historia y del destino del planeta en nombre de una ética planetaria– cuyo primer principio sea la libertad de conciencia, en cuanto vía de revelación de Dios, paz entre los hombres y fuente de proyección creativa ante los nuevos desafíos.

Una ética ya considerada por Balducci como una especie de *religión natural* con la que también la fe cristiana ya debería haberse relacionado, como fe en el hombre total, el hombre inédito que se manifestó en Cristo.

Estos aspectos, muy resumidos, del pensamiento de Balducci son los que la Fundación ha querido proponer a las escuelas para su reflexión. Con tal intención se han hecho reuniones en las clases, evitando en lo posible que se convirtieran en lecciones o conferencias, sino más bien en

momentos para un coloquio un tanto lógico e inductivo que estimulara el interés y la participación de nuestros jóvenes interlocutores. En tal contexto, la referencia pedagógica que nos ha inspirado ha sido la *pedagogía del oprimido*, cuyo máximo exponente fue el pedagogo brasileño Paulo Freire durante los años setenta del siglo pasado. Un autor muy citado por Balducci y para quien la educación debía entenderse como una *praxis de liberación* de las conciencias de cualquier estado de aquiescencia, pasividad y resignación.

Una educación, pues, encaminada a promover la capacidad crítica del joven y su responsabilidad y autonomía de elección, mediante la toma de conciencia de la realidad y de los mecanismos que la determinan en todos sus aspectos.

En este sentido, Balducci siempre minimizó las hipótesis de reforma educativa, pues las veía como respuestas muy parciales respecto a una crisis, la escolar, que es síntoma de otra mucho mayor: la de una sociedad y su cultura. Por eso, a su parecer, era más oportuno hablar de *refundación* de la escuela, en el sentido de una verdadera y auténtica *refundación de la pedagogía*. Y por ello los temas afrontados en las clases se han subrayado siempre en la perspectiva antropológica de transformar la civilización; lo que Balducci simboliza en la metáfora del *hombre inédito*.

La necesidad de una especie de *metanoia*, conversión de la mentalidad, por parte del hombre editado, se tradujo en nuestra experiencia en las clases, por subrayar el valor de la educación, que forma un modo crítico de conocer y hace tomar conciencia del propio papel y de los propios derechos, al hilo de esa *praxis liberadora* en busca de que se haga cada individuo el protagonista de su propia vida, el responsable de sus acciones y autónomo en sus opciones.

Eso significa, en último análisis, pensar en una educación capaz de promover en cada cual la toma de conciencia

de ser un ciudadano soberano: es decir, un ciudadano que no reconoce más autoridad que la propia conciencia y se ve, en primera persona, responsable de todo ante todos¹.

En este sentido, la escuela está llamada a apoyar la liberación humana, premisa indispensable de cualquier liberación política.

¹ Ante sus jueces –acusado de defender la prohibida objeción de conciencia militar– dijo Milani en 1965: hay que «tener el coraje de decir a los jóvenes que ellos son todos soberanos, por lo que la obediencia ya no es una virtud, sino la más sutil de las tentaciones, que no crean poder escudarse con ella ni ante los hombres ni ante Dios, que debe sentirse cada uno el único responsable de todo. Solo así la humanidad podrá decir que ha tenido en este siglo un progreso moral paralelo y proporcional a su progreso técnico». Balducci conoció muy bien a este cura y maestro florentino, sobre el que escribió varios artículos: E. BALDUCCI, *L'insegnamento di don Lorenzo Milani*. A cura di M. GENNARI. Roma-Bari, Laterza, 1995 (N. del T.).

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

JOSÉ LUIS CORZO, SchP,
Universidad Pontificia de Salamanca

El escolapio italiano Ernesto Balducci (1922-1992) fue un pensador, orador y escritor prolífico¹ al alcance de los italianos de todos los niveles, próximos o no a la Iglesia. Daba gusto oírle, porque intuía en profundidad –y sabía expresarlo!– lo que otros solo barruntamos, a veces con temor y otras con deseo; así que sus auditorios se creían ventrículos al oírse a sí mismos sin abrir la boca. No por coincidir todos en las mismas ideas, sino porque Balducci planteaba siempre los asuntos bajo una nueva luz, con mayor profundidad.

Por ejemplo, algo le pasa a la educación en España, y puede que en más sitios. Reforma tras reforma, nada parece mejorar, y el fracaso escolar sigue y sigue. Las Facultades de Pedagogía y Magisterio llevan mucho tiempo centradas en la enseñanza y en el aprendizaje, es decir, en la didáctica,

¹ Por desgracia, de los 51 libros editados en vida de Balducci, solo conozco diez en español: *El Papa Juan*. Madrid, Euramérica, 1964; *¿Por qué no se casan los sacerdotes?* Barcelona, Eler, 1964; *Cristianismo y cristiandad*. Barcelona, Juventud, 1966; *Una nueva cristiandad*. Santiago de Chile, Ed. Paulinas, 1967; *Los nuevos caminos de la Iglesia*. Santiago de Chile, Ed. Paulinas, 1967; *Siervos inútiles*. Salamanca, Sígueme, 1972; *El cristianismo es liberación* [con Roger Garaudy]. Salamanca, Sígueme, 1976; *La nueva identidad cristiana*. Santander, Sal Terrae, 1977; *El Otro, un horizonte profético*. Salamanca, ACC, 2001; *Giorgio La Pira*. Salamanca, ACC, 2002.

ahora tan preocupada porque, desde que los chicos llevan en el móvil toda la información habida y por haber, hay que enseñar de otra manera. Pero Balducci no confiaba mucho en las reformas educativas coyunturales de los ministerios y, me parece, que no demasiado en las innovaciones y experiencias de aquí o allá. Él esperaba que la sociedad entera emanase su propia *paideia*, es decir, su ambiente propio y su estilo natural de perpetuarse y mejorarse a sí misma². Para ello solo necesitaría tomar conciencia crítica de lo que pasa, a cara descubierta, superando una conciencia ingenua o ideologizada que –en puro Freire– nos hace ver lo que no es.

En las páginas de este libro asoma una doble y sorprendente certeza de Balducci: la cultura no es ideología, sino que brota de las necesidades evolutivas, biológicas, casi físicas, de la especie, para conservarse en cada situación y época. Así que, segundo, la sociedad planetaria puede fácilmente tomar hoy conciencia de lo que nos pasa y modificar su cultura (y su *paideia*): por la seguridad de todos más nos vale la paz que la guerra. No puede haber otra, porque si la Tercera Guerra Mundial fuese atómica, la cuarta sería, en el mejor de los casos, la terrible pintura negra de Goya: a garrotazos. Aún me acuerdo con nitidez de lo contento que Balducci se puso cuando vio pactar el desarme entre americanos y rusos (Reagan y Gorbachov) y, un poco después, vio caer el muro de Berlín. Según él, el miedo a una hecatombe total podrá cambiarnos la agresividad en colaboración mutua. Un razonamiento como el de su admirado Juan XXIII en *Pacem in terris* (11 de abril de 1963).

² El término y significado de *paideia* fueron insuperablemente estudiados por W. JAEGER (1933), *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México, Fondo de Cultura Económica, ¹²1993.

Pero cuando el lector se adentre en estas páginas caerá pronto en la cuenta de que su autor no llegó a conocer el 11-S, el ataque brutal a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001. Había muerto nueve años antes. Sin embargo, ya se lo veía venir. La garrota de esta tercera guerra global –que ya ha estallado– hoy se llama terrorismo (en todas sus formas, bélicas o de atentados urbanos, hasta suicidas). Su libro parece escrito en tardes y mañanas de lucidez histórica –*epocale*, dice él en italiano– como quien es capaz de auscultar el palpito social de las distintas épocas humanas. Lucidez, sí, pero no pesimismo, porque la humanidad va cambiando ante sus nuevas necesidades vitales. La sensibilidad social no responde a las consignas oficiales de los líderes políticos, hoy de capa caída.

Así que a la paz le urge mucho contar con una nueva escuela, porque la paz que nos desafía configura otra *paideia* nueva, otra atmósfera social mejor, inexorablemente planetaria, que se aleja de la violencia. Dios lo quiera. Aunque a los españoles nos faltan dos guerras mundiales y hasta hace poco no éramos ni Europa. No las echo de menos, pero es que nuestra guerra civil –profundamente ideológica, todavía de buenos y malos– nos engaña; pertenece demasiado a la lógica –neolítica, como explicará Balducci– que integraba la guerra en la armadura jurídica y económica del progreso: los malos se eliminan... y también ¡los diferentes, y los raros, y los extranjeros, y los pedigüños, y los no cristianos! Nada me disgustaría tanto como que este libro no sintonizara con España por ser demasiado europeo. España, ¿seguirá siendo diferente? Y tengo mucha curiosidad por conocer la reacción de nuestros amigos latinoamericanos ante este libro que los menciona en varias páginas con tanto afecto. La paz mundial nos importa mucho y desafía las materias de cada

profesor. La historia, la literatura, las ciencias... las enseñamos aún bajo el viejo esquema cultural amigo/enemigo. Se equivocan los que pretenden hacer más cristiana la escuela –forma inapropiada de hablar³– a base de añadirle actos piadosos o de «pastoral» u otros suplementos. Son las asignaturas las que se han de revisar una a una, y no para trufarlas de piedad, sino para extraer de ellas nada menos que la agresividad y la violencia que esconden.

Balducci lo explica mucho mejor que yo. Él va dando vueltas –en estos seis capítulos– a sus convicciones y nos las aclaramos los ventrílocuos despacito. Seguramente necesitamos discutir las y contrastarlas con otras. Por eso se editan, para que se hagan coloquio y diálogo, conversación y alimento común.

Balducci entre los escolapios⁴

Escolapio y profeta son dos conceptos que no se acoplan bien. Me gustaría que fuera de otra forma, pero verdad obliga. El magisterio nos destroza para la profecía; nos ancla en lo sabido y nos vacuna contra el ímpetu de la historia. El afán de saber (más), propio del buen maestro, impide el no saber, condición indispensable del que oye a Dios en el estruendo de la historia. La enemistad entre maestros y profetas no me la invento yo; atraviesa la Escritura y acaba con

³ Cristianos son los creyentes, nunca las instituciones ni otros objetos, más que supliendo un genitivo de objeto (un lugar, por ejemplo, de los cristianos), pero no subjetivo, como si determinados caracteres ya hicieran cristiana – en sí misma – una escuela.

⁴ Incorporo aquí actualizado mi recuerdo “El P. Ernesto Balducci, escolapio y profeta” en *Ephemerides Calasanctianae* 5 (2002) 295-298, para la libre reflexión de los lectores.

Cristo en la cruz. Vivir, como Balducci, ambos carismas resulta excepcional. Por supuesto, el Crucificado vivió y superó en sí mismo la tensión de ambas fuerzas: único maestro y ¡más que profeta! Otra cosa es decir que resulte profética la obra de ciertos maestros, como Calasanz.

No hay que cargar las tintas en las malas cualidades del maestro y en las buenas del profeta para contraponerlos. Maestro es quien enseña la verdad y, según creo, profeta, quien la aprende. Maestro, quien disfruta el saber, y profeta, quien sufre la ignorancia. Maestro, quien habla desde sí, y profeta el que profiere la palabra de Otro. Maestro, quien saca del arca saber sabido o nuevo, y profeta, quien padece lo que se le viene encima por hablar contra su pueblo. Y es que el maestro aprende de los libros y en el laboratorio, y el profeta, en mitad de la calle. El sabio tiene el saber acumulado y quieto, mientras es imparable el caudal del tiempo en el que el profeta no para de leer. No llamo profeta al adivino, claro está, sino a quien, en realidad, dice palabras de Otro. Algo del futuro le toca al profeta: se las ve venir; pero también al sabio: se apoya en la historia para no errar de nuevo. Pero son distintos; su mayor diferencia radica en su aprendizaje: el maestro va de certeza en certeza sobre lo ya sabido y esquivando el error; y el profeta, de ignorancia en hallazgo entre los acontecimientos entretejidos de libertad humana y ambigüedad; ahí dice escuchar la voz del Señor. Atento a novedades este y seguro en lo permanente aquel. La entidad del saber sabido es ideal, inmortal y perfecta; la del saber profético, imperfecta y ambigua: discutible. El profeta escruta las señales del tiempo y se va enterando; el maestro ya se lo sabe y lo aplica a lo nuevo. En resumen, el magisterio es la forma rabínica de la mediación religiosa: la ley; mientras que la profecía es la forma progresiva, histórica, de acoger la revelación gratuita de Dios.

No es raro que una Orden de maestros (también lo son los dominicos) se extrañe ante sus proféticos Savonarolas. Balducci, en la misma Florencia, pudo afirmar de sí mismo que la constante de su vida era «armonizar el humanismo y la fe»; y podemos llamar profecía a tal armonía dinámica y actual: el contrapunto del Evangelio en la partitura secular. No es extraño que él saludara al papa Juan y al Concilio Vaticano II con entusiasmo. Lo que nos asombra de Balducci no son sus novedades ni, menos, sus herejías, sino la oportunidad con que alumbraba el mundo con el candil de la fe. Yo no he conocido a nadie tan capaz como él de hablar de Dios en mitad de lo humano; ni, a la inversa, tan capaz de hablar del mundo que Dios fuera en él muy posible. Y lo hacía además con un fascinante modo de decir. ¿Acaso no es siempre así la encarnación del Verbo?

Con su medio siglo xx de sacerdocio profético, Balducci pudo otear y alentar, a tiempo y a destiempo, muchos advenimientos: el del Concilio, cuando la Iglesia oyó la trompeta para «levantar las tiendas y ponerse en camino» al encuentro del nuevo mundo (como escribió en su *Diario del éxodo 1960-1970*). Un nuevo mundo surgido tras la Segunda Guerra, que Balducci sufrió –como su amigo, el santo alcalde Giorgio La Pira– bajo la fría y violenta guerra entre capitalismo y socialismo. Vio también con pena languidecer el posconcilio. Y no le bastó la caída del Muro en el 89 para alentar más aún al *hombre planetario* (no simplemente globalizado) y que todavía está *inédito*. Su entrevista autobiográfica *El círculo que se cierra*⁵ detalla su periplo extraordinario como el retorno de un intelectual, como él, a los orígenes populares de su cuna y del inmenso Tercer Mundo que tanto

⁵ *Il cerchio che si chiude. Intervista autobiografica*. A cura di L. MARTINI. Génova, Marietti, 1986.

acarició durante sus últimos años. Cualquier observador advierte enseguida la sorprendente ruptura (¿y luego desesperanza?) de Balducci con los temas eclesiológicos del período conciliar, que tanto le apasionaron, y su posterior dedicación casi total a los temas histórico-culturales. Pero ese es precisamente el culmen de su magisterio y de su profesión: oír a Dios en el hombre.

Respecto a la Orden escolapia y a su misión educativa, Balducci sufrió una ruptura paralela; se adivina en una hermosa antología editada por los escolapios italianos⁶, donde, poco a poco, se mezcla su visión de la Iglesia –y de la vida religiosa– con su visión de los tiempos y del hombre nuevo. Cuando le conocí de cerca, al principio de los setenta, Balducci era todavía un escolapio apasionado por la renovación conciliar de la Orden⁷. Sin embargo, pocos años más tarde le quedaba muy poco de aquella ilusión. De hecho, en una comunicación capitular inédita a sus hermanos de la provincia de Toscana, en 1976, advertía sobre «nuestras últimas responsabilidades en el breve tiempo que nos queda». Con su lucidez característica señalaba cuatro mutaciones profundas en el tiempo: la crisis burguesa y su nueva alternativa social, la secularización imparable, el paso del centralismo eclesial a la comunidad y la pérdida de identidad de la vida religiosa, necesitada de «una refundación teológica práctica radical». Y, frente a ello, Balducci describía tres

⁶ E. BALDUCCI, *Educazione come liberazione. L'educatore ed il sacerdote attraverso i suoi scritti*. Florencia, Libreria Chiari, 1999. Recoge entre otros un temprano artículo de 1948 titulado «Il nostro sacerdozio».

⁷ Conservo una correspondencia epistolar con él en torno al capítulo general de 1973 en la que yo defiendo a mi malograda provincia de Castilla ante el riesgo de perder su provincial indispensable, Ángel Ruiz, en caso de que lo eligieran para General: esa, precisamente, era la ilusionada propuesta de Balducci, quien me consolaba ante una pérdida para mí irreparable. Yo ejercía de adivino y él de profeta.

actitudes escolapias defectuosas: conservadurismo y rechazo de los cambios, confianza en la validez sustancial de nuestras tradiciones (reformismo) y falta de realismo crítico ante un tiempo cualitativamente nuevo. Sobre la vocación educadora añadía en 1976: «En vez de hacer interminables disquisiciones sobre el carisma calasancio, acaso convenga abrir los ojos ante la realidad histórica: podría mostrarnos que aquel carisma ya ha florecido, por así decir, *extra moenia* (fuera de las murallas) y a nosotros nos toca salir...». Se referiría, creo yo, a las periferias del laicismo y de la pobreza.

Desconfiaba de las reformas escolares, porque la educación es una tarea coral, una verdadera *paideia* de toda la comunidad. Y es también, en sí misma, un hecho laico, aunque –si educación consiste en liberar las conciencias de toda esclavitud y alienación– pertenece al reinado de Dios. De nuevo la trascendencia ¡en mitad de lo humano! Cuando parecía negarnos magisterio y escuela nos devuelve al campo educativo a la manera típica del profeta: no señalar a Dios dentro del templo, sino en las calles de la ciudad, en las muchas alienaciones de hoy, empezando por la pobreza y siguiendo –como en este libro– por la alienación de la *guerra justa* y de la competencia continua.

Pero nosotros solemos preferir fronteras más definidas. De hecho, él denunciaba en *Papa Giovanni* (1964) una previsión para este presente nuestro: «Nuestra educación católica ha asociado durante estos siglos, y no siempre con la debida discriminación, la dialéctica mística *Iglesia-mundo* con la dialéctica histórico-sociológica *cristiandad-mundo moderno*»⁸; un gran error, porque, según la primera, el mundo y cada uno de nosotros somos buenos y malos en un contraste per-

⁸ *Papa Giovanni*. Florencia, Vallecchi, 1964, pp. 215ss.

manente; pero, confundida con la segunda antinomia, resulta que el malo es el mundo moderno, y la vieja cristiandad, buena.

Conviene releer el público agradecimiento que el P. General, J. M. Balcells, tributó al querido escolapio Ernesto Balducci por «su singular capacidad de poner en crisis firmes certezas»⁹. Es así y, si no, leed estas páginas.

⁹ *Ephemerides Calasanctianae* (junio 1992), pp. 359-361.

UNA ESCUELA PARA LA PAZ¹

1. Mi propuesta de una educación para la paz dentro de la escuela requiere, como presupuesto, comprender nuestro momento histórico, que –por honestidad y exigencia lógica– conviene enunciarlo desde un principio. Junto a muchos pensadores yo estoy convencido de que la crisis –más aún, las crisis actuales– han de comprenderse como momentos internos de una mutación antropológica que me gusta definir como un paso de la cultura de guerra a la cultura de paz. Uso el término «cultura» con el rico espesor que tiene en antropología, donde indica el sistema de símbolos, de normas éticas, de representación de la realidad visible e invisible, codificado en la conciencia de un grupo social que lo transmite de generación en generación como un legado de cohesión y de identidad. La cultura que los occidentales hemos heredado se caracteriza por adoptar la agresividad como principio organizativo de la sociedad, un principio racionalizado por las filosofías, sublimado por las religiones, codificado en la leyes, encarnado en el príncipe, honrado en los héroes y, por fin, transmitido en las escuelas. En esta cultura, desde los albores del neolítico hasta hoy, la guerra aparece verdaderamente como la madre de todas las

¹ Texto de una intervención del autor en el congreso celebrado en Roma del 1 al 4 de diciembre de 1983. Cf. B. VERTECCHI (ed.), *La scuola italiana verso il 2000*. Florencia, La Nuova Italia, 1984.

cosas. El otro principio, el de *eros*, no ha desaparecido nunca, pero casi no ha logrado más que abrir algún breve paréntesis en el curso compacto de la cultura de guerra: un paréntesis jamás cerrado, pero que la cultura dominante lo ha llenado de patéticas aspiraciones hacia el más allá; es el evangelio cristiano.

Pues bien, cuando una sociedad logra perpetuarse a sí misma, a pesar del cambio de los tiempos, cuando extrae de su cultura una *paideia*, una *Bildung* capaz de moldear como norma las conciencias individuales, nosotros estamos aquí para dejar constancia de que nuestra generación carece en absoluto de una *paideia* propia. Es la señal de que la cultura de nuestra sociedad ha perdido seguridad en sí misma y la capacidad de crear un futuro que la prolongue. Refiriéndose a la escuela, ya en estado de crisis en todas las naciones, Edgar Faure², en la introducción del *Informe* que lleva su nombre, constataba en los primeros años setenta que la crisis de la escuela revelaba un mal de fondo, un mal de naturaleza antropológica. No dice de qué mal se trata. Yo aventuro la hipótesis de que se nutre de la distancia entre la experiencia nueva que hoy viven los pueblos y todos los hombres a escala planetaria, y la cultura que transmiten las escuelas, obstinada en ser, como quiere la *paideia* tradicional, una cultura particular, etnocéntrica, es decir, inspirada en la agresividad.

Esto también vale, y sobre todo, para la escuela italiana. A pesar de todas las reformas, la cultura transmitida en nuestra escuela es, usando una expresión de Paulo Freire³, una «cultura bancaria», un depósito de valores, de panora-

² Edgar Faure (1908-1988), político francés que dio nombre en 1973 al Informe educacional de la UNESCO *Aprender a ser*.

³ Paulo Freire (1921-1997), pedagogo brasileño.

mas, de sentencias y de hábitos cuyo común denominador es el dogmatismo típico de la cultura de guerra. Esa distancia entre los modos reales de la existencia y las formas culturales todavía vigentes en las instituciones educativas no tiene los rasgos fisiológicos de una dialéctica generacional, más aguda en épocas de renovación. Es un distanciamiento apocalíptico, dado que los procesos reales de la sociedad son de tal naturaleza que hacen posible, y hasta probable, la muerte universal. La agresividad de la era nuclear ya no se puede racionalizar; al equilibrio que puede generar significativamente se le denomina «del terror». La agresividad que, desde los tiempos de los sumerios y los egipcios, ha logrado hasta en caso de guerra la forma racional de una ley dirigida al bien común, ya ha roto todas las barreras, hasta el punto de que, si se activan los fines para los que ya ha dispuesto sus instrumentos, la historia humana acabaría en el *dies irae*.

De ahí la necesidad, reconocida por la conciencia e invocada desde las profundidades biológicas de la especie, de una mutación cultural, es decir, de un traspaso cualitativo que nos permita conducir hacia objetivos positivos para toda la comunidad humana lo que Einstein llamaba el «segundo fuego», la energía nuclear. Eso significa, advertía el mismo Einstein⁴, que hoy se necesita cambiar el modo de pensar, abandonar los principios básicos de la cultura de guerra para adoptar, aunque parezca una locura, nuevos principios básicos de la cultura de la paz.

2. La resistencia a este cambio es más que comprensible. Se trata de hecho de un cambio de tal naturaleza que no se

⁴ Albert Einstein (1879-1956), científico alemán fundador de la «teoría de la relatividad».

puede comparar con ningún otro del que tengamos memoria histórica. Utilizando los términos de una famosa cuestión de la historia del pensamiento filosófico, hay que erradicar de nuestra mente las «ideas innatas».

Me resulta iluminadora una página de un padre de la democracia moderna, John Locke⁵, publicada precisamente durante los orígenes de la monarquía constitucional inglesa. Se encuentra en el primer libro de su *Ensayo sobre el pensamiento humano*.

No era poca ventaja para los que se presentaban como maestros y educadores tener como principio de todos los principios que «los principios no se discuten». De hecho, una vez establecida la creencia de que hay principios innatos, sus seguidores se vieron en la necesidad de aceptar como tales algunas doctrinas; lo que equivalía a privarlos del uso de la propia razón y del propio juicio, y ponerlos en situación de creer y aceptar tales doctrinas por pura confianza, sin un examen ulterior. Puestos en esta tesitura de fe ciega podían ser gobernados más fácilmente y ser más útiles para cierta clase de hombres con la habilidad y el deber de dictarles los principios y guiarlos. Y no es poco el poder que da a un hombre sobre otro el tener autoridad para dictar principios y enseñar verdades que no admiten duda; hacer tragar a un hombre como principio innato cuanto sirva al propósito de quien lo enseña. Sin embargo, de haber examinado la forma con que los hombres llegan al conocimiento de muchas verdades universales, encontrarían que estas se forman en el espíritu de los hombres a partir del ser de las cosas mismas debidamente consideradas.

⁵ John Locke (1632-1704), filósofo inglés.